



EL OBISPO DE ALBACETE

EL ICONO PEREGRINO DE LA VIRGEN DE CZESTOCHOWA EN ALBACETE

Homilía del Sr. Obispo, Mons. Ciriaco Benavente Mateos

*Santa Iglesia Catedral de Albacete
Martes, 22 de enero de 2013*

Queridos hermanos todos:

El beato Juan Pablo II, el gran defensor de la vida y de los derechos del hombre, escribió en la Encíclica *Evangelium Vitae*, la carta magna en favor de la vida: “*Es urgente una gran oración por la vida, que abrace al mundo entero*” (n.100).

Debido a la magnitud de los ataques a la familia y a la vida, un grupo de líderes pro vida, católicos y ortodoxos, decidieron unir sus oraciones en torno a la imagen de la Virgen de Czestochowa, tan querida de Juan Pablo II y de todos los polacos. Esta imagen, copia fiel de la original, lleva recorridos unos 20 países. Hoy la acogemos en Albacete para unirnos a esta impresionante cadena de oración para que la familia y la vida sean respetadas, queridas y acogidas.

La primera lectura que ha sido proclamada pertenece al Apocalipsis. A finales del siglo I la Iglesia pasaba por momentos difíciles. Hasta entonces, salvadas no pocas dificultades, el cristianismo había conocido una importante expansión. Ahora entra en conflicto con el imperio romano; la ideología totalitaria que, divinizaba el poder del Emperador, exige que se le dé culto público. La negación de los cristianos a hacerlo provoca la persecución. Los cristianos son perseguidos, deportados a las minas o arrojados a las fieras.

La mujer de que habla el texto, símbolo del pueblo de Dios, arrostra una situación dura. El hijo que ha nacido de ella (Cristo) sufre las asechanzas del Dragón, pero ha sido llevado al cielo (resurrección). Sin embargo, el conjunto del pueblo de Dios sigue padeciendo la persecución del Enemigo, el Dragón, que sería relevado por otras dos fieras, que simbolizan el poder político y el poder ideológico que pretende la apostasía general. No obstante, la mujer encuentra refugio en el desierto donde Dios la protege y alimenta. Al desierto tuvieron que huir muchos cristianos durante las persecuciones.

Algunos, identificando a la Mujer con María, ven en el trasfondo del texto la matanza de los inocentes, para acabar con Jesús, y la huida a Egipto.

Sobre el trasfondo histórico de lo que acontecía cuando se redacta el Apocalipsis -el poder demoníaco encarnado en Nerón- se nos describe en un cuadro impresionante un rasgo fundamental de toda la historia humana: "la lucha entre la fe y la incredulidad, entre la adoración de Dios y la idolatría de los poderes de este mundo".

En el reciente discurso al cuerpo diplomático, donde el Papa repasa los conflictos presentes en diversos países, constata que es el olvido de Dios o la ignorancia de su verdadero rostro lo que engendra la violencia. Cuando se pierde el sentido de Dios, también el sentido del hombre queda amenazado, como afirma lapidariamente el Concilio Vaticano II: "La criatura sin el Creador desaparece. Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida"(G.S.36) El hombre, encerrado en el restringido horizonte de su materialidad, se reduce de este modo a "una cosa", y ya no se percibe el carácter trascendente de su "existir como hombre". No considera ya la vida como un don espléndido de Dios, una realidad "sagrada" confiada a su responsabilidad y, por tanto, a su custodia amorosa, a su veneración. Así, ante la vida que nace y la vida que muere, el hombre ya no es capaz de dejarse interrogar sobre el sentido más auténtico de su existencia. La misma naturaleza, que ya no es "mater", queda reducida a material disponible a todas las manipulaciones (E.V.22).

En una cultura para la que el valor supremo es la propia satisfacción, el propio bien o el propio interés, el derecho originario e inalienable a la vida se pone en discusión, o se niega sobre la base de un voto parlamentario o de la voluntad de una parte de la población. Es el resultado del relativismo dominante. La lógica del don, que tiene su fundamento en el Dios que es amor, y que nos ama con amor gratuito, se cambia por la lógica del propio interés o el propio gusto. Pero es la lógica propia de una cultura atea, materialista y hedonista.

Entre la operación salida y la Lotería navideña, el Gobierno hizo públicos -lo menos públicos posible- los datos del aborto del año 2011. Se ha batido un nuevo record, aunque eso no sorprende: 118.359 abortos, con un aumento de casi el 5 por ciento respecto al año anterior. Si recuerdan, se nos dijo que con la reforma del aborto, aprobada en 2010, disminuiría el número de los mismos; se nos dijo que, con la extensión del acceso a los anticonceptivos y a la "píldora del día después" - sin receta-, habría menos abortos .Pero el resultado es más abortos, menos nacimientos, más divorcios, menos matrimonios, .(cf Alfa y Omega 3 de enero). Las cifras citadas ponen de manifiesto cómo la defensa del aborto se funda en las mismas mentiras, que se repiten año tras año, con ocasión o sin ella. Por eso, la erradicación sólo se logrará con la verdad: la verdad de la vida, del ser humano y de la maternidad. Hace falta difundir la verdad sobre la vida y la maternidad, sobre su belleza y su bondad. Hace falta el testimonio del compromiso con la vida en el entorno social. Son necesarios matrimonios que con su ejemplo alegren, hagan visible que el amor fiel y abierto a la vida es camino de felicidad. .Es necesario también el testimonio de jóvenes que aprecien y valoren la sexualidad, que se preparen para ser matrimonios leales y fecundos.

¿Os habéis dado cuenta del diálogo que se desarrolla entre Isabel y María en el Evangelio proclamado?. Es un testimonio estimulante para el Año de la Fe: "*Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá*". O esa otra exclamación, que es el más bello alegato en favor de la vida: "*Bendito el fruto de tu vientre*". Y la criatura que hay en las entrañas de Isabel, en vez de contraerse de dolor, como ha sucedido a tantos fetos humanos ante la tenaza o el instrumental que lo trituraba, salta de alegría en el seno de su madre: "*Apenas llego tu saludo, saltó de alegría la criatura en mi vientre*".

Somos depositarios del mensaje más bello, más positivo, y más progresista. Lo otro -la inmensa carnicería de vidas humanas originada por el aborto- es lo más horriblemente antiestético, lo más contrario al progreso, lo más retrógrado, porque se impide el alumbramiento de la vida. Es la manifestación del más rancio individualismo.

Estar en contra del aborto y a favor de la vida es, como dice el Concilio Vaticano II, estar también en contra de *"todo lo que se opone a la vida; como los homicidios de cualquier género, los genocidios, la eutanasia y el suicidio voluntario, todo lo que viola la integridad de la persona humana, como las mutilaciones, las torturas corporales o mentales, incluso los intentos de coacción psicológica; todo lo que ofende la dignidad humana, como las condiciones infrahumanas de vida, los encarcelamientos arbitrarios, las deportaciones, la esclavitud, la trata de blancas y de jóvenes, también las condiciones ignominiosas de trabajo en las que los obreros son tratados como meros instrumentos de lucro, no como personas libres y responsables; todas estas cosas y otras semejantes son ciertamente oprobios que, al corromper la civilización humana, deshonran más a quienes los practican que a quienes padecen la injusticia y son totalmente contrarios al honor debido al Creador"* (G.S.,27).

Aunque nada justifica la destrucción de la vida humana, no ignoramos que, a veces, las situaciones de angustia económica, de soledad o de incompreensión ponen a la mujer en situaciones difíciles. Ello nos compromete a todos a trabajar por una sociedad más justa, más respetuosa y más comprometida en favor de las personas. Desentenderse de ello, sería hipocresía.

La segunda de las lecturas proclamadas nos invita a la esperanza: la vida que el Hijo de Dios ha venido a dar a los hombres no se reduce a la mera existencia en el tiempo. La vida eterna es la vida misma de Dios y a la vez la vida de los hijos de Dios. Por eso, el estupor y la gratitud se apoderan del creyente ante esta inesperada e inefable verdad. La dignidad del ser humano no sólo está ligada a sus orígenes, a su procedencia divina, sino también a su fin, a su destino de comunión con Dios en el conocimiento y amor. Cristo ha resucitado como primicia. *"Por un hombre vino la muerte"*, por los hombres siguen viniendo muchas muertes, *"por Cristo todos volverán a la vida"*. *"El último enemigo aniquilado será la muerte"*. Entre tanto, sepamos que la sangre inocente derramada clama al cielo; que Dios nos sigue interrogando, como a Caín: *"¿Qué has hecho de tu hermano?"*.

Oremos por la familia y la vida con la mejor plegaria: la Eucaristía. Y oremos poniendo por intercesora a la Santísima Virgen. Amén.